

843

Q.

PQ 2378

.03

F48

1890



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA FERRERÍA DE PONT-AVESNES.

I.

En un sereno día del mes de octubre de 1880, estaba sentado á la linde de uno de los hermosos encinares que cubren con su fresca sombra las primeras estribaciones del Jura, un joven vestido con elegante traje de caza. A pocos pasos de distancia, un excelente perro de color de canela, echado sobre las matas, miraba con atentos ojos á su amo, como preguntándole si continuaría pronto la caza. Pero el cazador no se mostraba muy dispuesto á proseguir la tarea. Había apoyado la escopeta en el tronco de un árbol, arrojado el morral vacío sobre el reborde de la cuneta del camino, y con la espalda vuelta al sol y la cabeza apoyada en la mano, mi-

raba distraído el admirable panorama que se extendía á su vista.

Al lado opuesto del camino junto al cual se había parado, extendíase á lo largo del bosque un taller de dos años, cuyos capellones brotaban como islotes de verdura entre los matorrales y altas hierbas amarillas. El terreno, cubierto de bosque, descendía en suave pendiente hacia el valle, y dejaba ver entre las praderas la aldea de Pont-Avesnes, empinando sobre los rojos tejados de sus casas la torre cubierta de pizarras, en forma de embudo, de su vieja iglesia. A la derecha estaba el castillo, rodeado de anchos fosos secos y plantados de árboles frutales. El Avesnes, hilillo de agua que los habitantes califican ambiciosamente de *rio*, brillaba como cinta de plata entre los achaparrados sauces que inclinan las ramas sobre sus orillas.

Algo más lejos está la ferrería, arrojando por las chimeneas de sus altos hornos rojizo humo, que barrido por el viento extiende sus negras masas en lo bajo de la colina, cuyas bases de roca tienen anchos agujeros para la extracción del mineral. Sobre estas excavaciones verdean las viñas, dando de sí un vinillo blanco que sabe á piedra de chispas, y que se vendé ordinariamente con el nombre de vino de Mosela. El cielo de color azul pálido estaba inundado de luz, y una niebla, trasparente como tenue velo, flotaba en las alturas. Profunda paz reinaba en aquel

alegre paisaje, y la atmósfera era tan pura que el sonido de los martillos de la ferrería llegaba del valle hasta el bosque.

Dominado por la calma que le envolvía, estaba inmóvil el joven cazador. Poco á poco sucedió en su ánimo al atractivo del paisaje un profundo sentimiento de bienestar, siguiendo sonriente con la imaginación las vagas ideas de sus pasadas aventuras. Doraba el sol las copas de los rojizos árboles calentando los matorrales, y el silencio en el bosque era cada vez mayor.

El hocico húmedo del perro puesto sobre sus rodillas le sacó bruscamente de su meditación. La mirada casi humana del animal le dirigió un ruego mudo.

— ¡ Ah! ¡ ah! — dijo el joven, — ¿ te aburres, amigo mío? Vamos; no te impacientes. En marcha.

Y exhalando un suspiro, se levantó, cogóse el morral, cogió la escopeta, atravesó el camino, saltó una pequeña zanja y entró en el taller.

El perro, que iba delante husmeando los matorrales, se detuvo de pronto, quedando de muestra con la pata levantada, é inmóvil cual si se hubiese convertido en piedra. Moviendo débilmente el rabo, parecía llamar con los ojos á su amo. Dió éste apresuradamente algunos pasos, y en aquel instante saltó una gran liebre escapando rápida como una bala. El cazador apuntó y disparó con precipita-

ción. Disipado el humo del tiro, vió sin admirarse, pero con disgusto, que la liebre desaparecía en la espesura del bosque.

— ¡Otra que se me escapa! — murmuró.

Y volviéndose hacia el perro, que le esperaba con aspecto resignado, añadió:

— ¡Qué desgracia! ¿no es verdad? ¡Tú lo haces tan bien!

En aquel momento, y á unos cien metros de distancia, resonó otro tiro. Después de un momento de silencio oyóse ruido de pasos en la espesura, y apartando las delgadas ramas, apareció en la linde del bosque un vigoroso mozo vestido con blusa azul de caza, calzado con grandes botas, y con un sombrero viejo en la cabeza. En una mano llevaba la escopeta, y en la otra, cogida por las patas traseras, la liebre que se había escapado antes.

— Ha estado V. más certero que yo, según parece, — dijo sonriendo el joven y dirigiéndose al recién llegado.

— ¡Ah! ¿es V. el que ha disparado, caballero? — preguntó el hombre de la blusa.

— Sí, y con bastante torpeza, porque el animal salió de junto á mis pies y le tiré á veinte pasos.

— En efecto, no es una gran prueba de habilidad, — observó el de la blusa con ironía. — Pero, ¿cómo es, caballero, que caza usted en esta parte del bosque?

— Cazo — contestó el joven un poco admirado — porque tengo derecho á ello.

— No lo creo; estos bosques pertenecen al Sr. Derblay, y á nadie permite poner el pie en ellos.

— ¡Ah! ¡ah! ¿El dueño de la ferrería de Pont-Avesnes? — preguntó en tono altanero el joven. — Si estoy en sus tierras, es sin saberlo, y lo siento; me habré extraviado. ¿Es V., sin duda, guarda del Sr. Derblay?

— ¿Y V. quién es? — preguntó el de la blusa sin contestar á la pregunta que le hacían.

— Yo soy el Marqués de Beaulieu, y lo ruego crea que no tengo por costumbre cazar en vedado.

Al oír estas palabras ruborizóse el hombre de la blusa, é inclinándose con deferencia, dijo:

— Perdóneme V., señor Marqués; de saber con quien hablaba, no me hubiera permitido pedirle explicaciones. Continúe usted cazando, se lo ruego; yo soy quien se retira.

Mientras hablaba su interlocutor, el Marqués le observó atentamente. A pesar del rústico traje, tenía buena facha. Su rostro, rodeado de negra barba, era bello é inteligente, y las manos finas y cuidadas. Además, llevaba colgada al hombro una escopeta de preciosa sencillez, como sólo saben hacerlas los armeros ingleses.

— Muchas gracias, — contestó fríamente

el Marqués;—pero no tengo el honor de conocer al Sr. Derblay. Sé solamente que es un vecino molesto con quien no estamos en buenas relaciones, y no volveré á disparar un tiro en sus tierras. Estoy desde ayer en Beaulieu; conozco mal el terreno, y la afición á la caza me ha hecho traspasar los límites de nuestras posesiones, pero no me volverá á suceder.

—Como V. guste, señor Marqués,—contestó amablemente el de la blusa.—Puedo asegurarle que el Sr. Derblay se felicitaría de probar á V. en estas circunstancias que si es vecino molesto, lo es muy á pesar suyo. Ha hecho pasar por los terrenos de Beaulieu un ferrocarril minero, pero esté usted seguro que lamenta la usurpación y que está dispuesto á indemnizarle como á usted le convenga. Los linderos entre vecinos son algunas veces inciertos,—añadió sonriendo.—Usted mismo acaba de convenirse de ello... No juzgue V. al Sr. Derblay sin conocerle, porque de seguro lamentará algún día la severidad del juicio.

—Usted es, sin duda, amigo del amo de las ferrerías ó uno de sus empleados,—dijo el Marqués mirando al hombre de la blusa,—porque le defiende con un calor...

—Muy natural, créalo V., señor Marqués.

Y cambiando de pronto la conversación, añadió:

—Pero parece que no ha sido V. muy afortunado ni en Beaulieu ni en Pont-Avesnes. El Sr. Derblay tiene el amor propio de que en sus tierras hay abundante caza, y sentiría que pudiera decirse que ha salido usted de ellas sin llevar nada. Tenga V. la bondad de aceptar esta liebre, ya que se ha tomado la molestia de levantarla, y de unir á ella estas cuatro perdices.

—No puedo aceptarlas,—respondió con viveza el Marqués.—Guárdelas, y le ruego que no insista en su ofrecimiento.

—Pues á riesgo de desagradarle insisto. Pongo esta caza junto á la zanja, y libre es usted de tomarla ó dejarla: en último caso, eso irán ganando los zorros. Tengo el honor de saludar á V., señor Marqués.

Y apresuradamente se internó en el bosque.

—¡Caballero! ¡caballero!—gritó el Marqués.

Pero el cazador estaba ya fuera del alcance de la vista.

—¡Vaya una aventura rara!—murmuró el joven.—¿Qué haré?

Una inesperada intervención puso término á sus vacilaciones: el perro se dirigió á la zanja, y cogiendo con precaución una perdiz la llevó á su amo. El Marqués se echó á reír, y acariciando al animal, dijo:

—Por lo visto, tú no quieres que volvamos sin llevar algo.

Y metiendo en el morral la liebre y las cuatro perdices, dirigióse á su morada, no muy de prisa á causa de esta inesperada carga.

El palacio de Beaulieu es un edificio de estilo Luis XIII, compuesto de un cuerpo principal y de dos alas, construído con piedra blanca. Los puntiagudos techos de las alas terminan con altas chimeneas esculpidas de bello aspecto. Una ancha terraza de quinientos metros de larga y con balaustrada de piedra de color de rosa, forma parterre delante del palacio, y se baja á ella por un portal de ocho peldaños cuyo interior está en forma de gruta. Trepadoras y floridas plantas se enredan en los pasamanos, ofreciendo al que descende perfumado apoyo.

Orientada al Mediodía, es esta terraza en el otoño delicioso paseo, y el paisaje que desde ella se domina encantador. Situado el palacio sobre una colina, frente á los viñedos y talleres de Pont-Avesnes, le rodea un parque de treinta hectáreas que descendiendo en suave pendiente hacia el valle. La herrería del señor Derblay estropea un poco la belleza del paisaje y perturba el silencio de la campiña, pero así y todo aquella morada es de las más envidiables.

Ha estado, sin embargo, mucho tiempo desierta. El Marqués de Beaulieu, padre del joven cazador, encontróse á los veinte años de edad, hacia 1845, dueño de una inmensa

fortuna, y comenzó á tener fastuosa vida en París. Pasaba, no obstante, todos los años tres meses en Beaulieu en la época de la caza, festejando á la aristocracia de la comarca, y su espléndida prodigalidad enriquecía el país para todo el invierno.

Cuando estalló la revolución de 1848, les ocurrió á los aldeanos de Pont-Avesnes, seducidos por las predicaciones socialistas de algunos agitadores, recompensar la generosa ayuda que recibían del Marqués saqueando su palacio.

Armados de escopetas, hoces y horquillas, y llevando al frente una bandera roja, subieron á Beaulieu gritando la *Marsellesa*; forzaron las verjas, por negarse el conserje obstinadamente á abrirlas, y desparramándose por el palacio se entregaron al pillaje, rompiendo lo que no podían llevarse. El más listo de aquella partida encontró la entrada de la bodega, y del robo pasaron á la francachela. Los vinos del Marqués eran selectos, y los viñadores los apreciaron como personas competentes. La embriaguez les animó para nuevas violencias, y entrando en las estufas, maravillosamente cuidadas, patearon las flores y rompieron las macetas de mármol.

En el centro de un macizo de verdura había una admirable Flora de Pradier sobre un zócalo á cuyo pie murmuraba el agua de una fuenteilla, cayendo sobre pilón

de piedra. Un energúmeno iba ya á acuchillar con una hoz la preciosa estatua, cuando el más borracho, acometido de repentina sensibilidad, colocóse delante de la obra maestra, declarando que era amigo de las artes y que metería su horquilla en la barriga del que se atreviera á tocar la estatua. La Flora fué salvada.

Para desquitarse entonces los pont-avesneses, idearon plantar un árbol de la libertad. Al efecto arrancaron un alamillo del parque, y adornándolo con cintas rojas, colocáronle, rugiendo de alegría, en mitad de la terraza.

Bajaron después á la aldea y continuaron hasta la noche la orgía revolucionaria. Al día siguiente llegó á Pont-Avesnes un destacamento de gendarmes, y sin dificultad alguna restableció el orden.

Cuando supo este motín, empezó el Marqués por reirse. Había colmado de beneficios á los pont-avesneses, y era natural que los pagaran haciéndole daño; pero la noticia de haber plantado el árbol de la libertad en la terraza no le sentó bien, pareciéndole demasiado pesada la broma, por lo cual ordenó á su jardinero que desarraigara el alamillo, lo hiciera pedazos y se lo enviara á París para quemarlo en su chimenea. Envio 500 pesetas al borracho amigo de las obras maestras, é hizo saber á los pont-avesneses que, para vengarse de aquella farsa

revolucionaria, no volvería á poner los pies en Beaulieu.

Los aldeanos, para quienes esta determinación cuarentenaria equivalía á una pérdida de 40.000 pesetas al año, intentaron hacer las paces con su señor, y el Municipio firmó una petición con tal objeto; pero fué inútil, porque el Marqués no perdonó el árbol de la libertad, y el palacio de Beaulieu continuó cerrado.

A decir verdad, no contribuyeron poco á esta resolución del Marqués los atractivos de la vida parisiense. El club, los teatros, el sport y la galantería le mantuvieron alejado de Beaulieu mucho más que su rencor á los campesinos. Al cabo de algunos años de esta agitada vida de placeres, el Marqués se cansó de sus locuras, y aprovechando una hora de buen sentido, contrajo matrimonio.

Su joven esposa, hija del Duque de Bligny, tenía el alma cariñosa y el espíritu tranquilo. Adoró al Marqués y le dispensó sus debilidades. Era éste uno de esos amables pródigos para quienes el placer es la esencia de la vida, y que tienen siempre abierta la mano y el corazón: no sabía resistir al menor deseo de su esposa; y era capaz de hacerla morir de dolor sin perjuicio de llorarla después amargamente. Cuando la Marquesa le reñía maternalmente al saber que había cometido cualquier locura dema-

siado notoria, la besaba las manos con lágrimas en los ojos, diciéndole: «Eres una santa;» y al día siguiente volvía á las andadas.

Tres años duró la luna de miel, y no fué poco tiempo para un hombre como el Marqués. Del matrimonio nacieron un hijo y una hija, que crecieron educados por su madre. El heredero era grave y prometía ser hombre útil; la niña, delicada, para que fuese el encanto de la existencia de quien consiguiera enamorarla. Por capricho de la creación, resultó el hijo viva imagen de la madre, amable, tierno y alegre, y la hija con el carácter ardiente é impetuoso del padre.

La educación modificó estos instintos, pero no los cambió. Con los años llegó á ser Octavio el amable joven que prometía en la infancia, y Clara la orgullosa y altiva señorita.

El infortunio y el luto proporcionóles pronto un compañero. El Duque de Bligny, que muy joven había quedado viudo y con un hijo, murió desdichadamente de una caída del caballo sobre la arena de un hipódromo. Este aristócrata, muerto como un jockey, dejó escasa fortuna. Al salir del funeral condujeron á su hijo Gastón, vestido de negro, á casa de su tía la Marquesa, donde vivió desde entonces.

Tratado como tercer hijo, crióse junto á

Octavio y Clara. Poco mayor que ellos, tenía ya el porte y la elegancia de una raza refinada. Abandonado por su padre, cuya disipada vida era poco á propósito para la continua vigilancia, en manos unas veces de criados que le hacían intervenir en sus intrigas de baja estofa, llevado otras por el Duque á los alegres festines, é indispuesto por las irritantes comidas de las fondas, la inocencia de este niño entre las orgías de los lacayos y las galanterías de su padre había estado sometida á rudos percances.

Cuando le llevaron al palacio de Beaulieu era físicamente enfermizo, y moralmente triste y casi malo. En la pura atmósfera de la vida de familia recobró toda la gracia y toda la frescura de la juventud. A los diez y nueve años, cuando terminó sus estudios, prometía ser un completo caballero. En esta época advirtió que su prima Clara, cuatro años menor que él, no era ya una niña.

Repentina transformación se había verificado en ella. Como mariposa que sale de la crisálida, brillaba Clara en todo el esplendor de su radiante naturaleza. Sus ojos negros brillaban con suave resplandor, y su talle, admirablemente desarrollado, tenía sin igual elegancia. Gastón la adoró con locura, guardando durante dos años el secreto de este amor profundamente encerrado en su corazón.

Un gran infortunio fué causa de que ha-

blase. En medio del dolor las declaraciones brotan con mayor facilidad del alma. El Marqués de Beaulieu murió de repente. Este disipado vividor desapareció del mundo discretamente, á la inglesa. No estuvo enfermo; dejó de vivir, y le encontraron tendido sobre el pavimento de su despacho: había querido hojear los legajos de un pleito que seguía con sus colaterales de Inglaterra, y este inusitado trabajo no le probó bien.

Los médicos, que todo lo quieren determinar con precisión, y que no toleran que se prescindiera de sus opiniones ni siquiera para morir, declararon que el Marqués había sucumbido por la ruptura de una aneurisma. Los amigos del Club dijeron entre sí que el excelente Beaulieu desaparecía como Morny, gastado y consumido por la vida de placeres, y la verdad es que no se lleva impunemente una existencia como la que llevó el Marqués durante veinticinco años.

Los más listos creyeron que la revelación hecha á este derrochador de dinero por el depositario de sus fondos de que había consumido hasta el último céntimo de su capital, contribuyó más á su muerte que si le hubieran metido una bala en el corazón.

La familia del Marqués no se ocupó en investigar la causa de su repentina muerte, sino en llorarle, porque el Sr. de Beaulieu era amado y respetado cual si hubiese sido esposo y padre modelo. La Marquesa puso

silenciosamente de luto la casa, é hizo al que había adorado á pesar de sus faltas, y de cuya muerte se dolía con amargura, honras fúnebres dignas de un príncipe. Octavio, desde aquel momento Marqués de Beaulieu, y su hermano adoptivo el Duque de Bligny, presidieron el entierro, rodeándoles la más antigua nobleza de Francia. Al volver al palacio, sombrío y mudo, encontraron á la Marquesa y á Clara vestidas de negro que les esperaban para consolarles y agradecerles esta fúnebre y dolorosa tarea. La Marquesa se encerró en una habitación con su hijo para hablarle del porvenir, y Gastón fué con Clara al jardín.

Empezaba á anochecer, y en aquella hermosa tarde de verano impregnaba el aire el perfume de las flores. Ambos jóvenes paseaban lentamente y sin hablar, preocupados con sus pensamientos. De común acuerdo, se detuvieron y sentaron en un banco de piedra. A sus pies resonaba un chorro de agua al caer en una fuente de mármol, y este monótono murmullo mecía sus ilusiones. Gastón interrumpió pronto el silencio, y hablando de prisa como quien se ha reprimido largo tiempo, manifestó á Clara con gran sensibilidad su pesar por la pérdida del excelente hombre que le había servido de padre. No podía contener su emoción, y á la rigidez de sus nervios durante el día sucedió una flojedad de todo su sér en aquel

momento que, á pesar suyo, le impidió detener las lágrimas, y empezó á sollozar.

Dejando caer después su cabeza aturdida en las ardientes manos de Clara, exclamó:

—Jamás olvidaré lo que los tuyos han hecho por mí, y cualquiera que sea mi suerte en esta vida, siempre me encontrarás junto á tí. ¡Te amo tanto!

Y repetía entre sollozos. «¡Yo te amo! ¡yo te amo!»

Clara levantó suavemente la cabeza de Gastón, ruborizado y casi vergonzoso de lo que decía, y mirándole profundamente, con dulce sonrisa dijo:

—Yo también te amo.

Fuera de sí Gastón, exhaló un grito: «¡Clara!»

La joven le puso sus manos en la boca, y con la solemnidad de un compromiso, rozó con un beso la frente del Duque. Levantáronse ambos, y apoyados uno en otro emprendieron de nuevo lenta y silenciosamente el paseo. No intentaban hablar; escuchaban sólo sus corazones.

Al día siguiente Octavio de Beaulieu empezó á estudiar el derecho, y Gastón entró en el Ministerio de Negocios extranjeros. El Gobierno republicano procuraba entonces atraerse á los más ilustres nombres de la aristocracia para tranquilizar á Europa, que no sin alarma veía á la democracia triunfante. El joven Duque fué agregado al gabi-

nete particular del señor Decazes, y parecía destinado á brillantísimo porvenir diplomático.

Muy metido en el mundo aristócrata, produjo viva sensación por su apostura elegante, su agraciado rostro, y el encanto de su palabra. Solicitado por las madres de hijas casaderas, mostróse indiferente á las insinuaciones que le hacían. No tenía ojos ni oídos más que para Clara, y sus mejores noches eran las que pasaba en el saloncito de su tía, mirando trabajar á su prima con la cabeza inclinada sobre el bordado. La luz hacía brillar los rizos sobre la nuca de la joven, y Gastón permanecía silencioso y atento, devorando con la vista aquellos cabellos de oro que hubiera querido besar devotamente. A las diez despedíase de la Marquesa, estrechaba fraternalmente la mano de Clara, y se iba á las recepciones á bailar hasta la madrugada.

Llegó el verano, y todos se trasladaron á una finca de la Marquesa en Normandía, porque fiel al rencor de su marido, no había querido ésta volver á Beaulieu. Allí era Gastón completamente feliz, y con Octavio y Clara corría á caballo por los bosques, embriagándole el puro ambiente, mientras la Marquesa registraba los archivos de la familia en busca de nuevos documentos relativos al pleito.

Consistía éste en una importante suma

legada al señor de Beaulieu por testamento. Los parientes ingleses defendían la nulidad del legado, y los abogados de ambas partes, apoderados del negocio como ratas de un queso, se enriquecían alargando las hostilidades. El pleito que empezó el Marqués por amor propio, lo continuaba la viuda por interés, porque comprometida gravemente la fortuna del señor de Beaulieu por sus locuras, la herencia de Inglaterra representaba lo mejor del patrimonio de sus hijos. Aunque la fortuna propia de la Marquesa era buena y desempeñada, bastaba apenas para los gastos no pequeños de la vida en familia. La señora de Beaulieu se había hecho pleitista, aunque las disputas le inspiraban horror, por defender los bienes de Clara y Octavio, y entregada por completo á los papelotes, en continua correspondencia con los letrados, llegó á ser muy entendida en procedimiento civil.

Tenía absoluta confianza en el éxito del litigio. La opinión de los suyos fortalecía esta seguridad, y creíase que Clara llevaría dos millones de pesetas á quien fuese bastante afortunado para agradarla. Ya habían pedido su mano pretendientes de noble alcarnia y gran riqueza, pero ella se negaba constantemente. Inquieta la Marquesa, interrogó á su hija, y sin titubear le contestó Clara que estaba prometida al Duque de Bligny.

Este compromiso no satisfizo gran cosa á la señora de Beaulieu. Además de tener ideas anticuadas respecto al matrimonio entre primos, juzgaba á Gastón con singular penetración. Veíale ligero, apasionado, inconstante, capaz de amar ardientemente é incapaz de amar con fidelidad. No quiso, sin embargo, influir en el ánimo de su hija conociendo la firmeza de su carácter y sabiendo que por nada en el mundo rompería un compromiso libremente contraído. Además, en el fondo de su alma agradaba á la Marquesa un casamiento que devolvía á su familia el bello nombre de Bligny, dejado por ella al contraer matrimonio. Acogió bien el proyecto, y no pudiendo tratar á su sobrino mejor que lo había hecho hasta entonces, continuó mirándole como verdadero hijo.

Por entonces fué nombrado el Duque secretario de la embajada en San Petersburgo, y de común acuerdo se resolvió celebrar el matrimonio durante la primera licencia que concedieran al joven diplomático. A los seis meses obtuvo esta licencia, y Gastón llegó á París, pero sólo por ocho días: había sido encargado de una misión confidencial que el Embajador no quiso entregar al azar de los despachos cifrados.

En rigor no era posible celebrar el matrimonio en tan breves días, pues sólo para la publicación de las amonestaciones se ne-

cesitaba más tiempo. El Duque estuvo cariñoso con Clara, pero notóse en él un tinte de ligereza que contrastaba con su anterior atenta ternura.

Gastón frecuentó desde su llegada á San Petersburgo la sociedad rusa, la más corrompida que hay en el mundo, y volvía á París con ideas propias respecto al amor. La expresión de su semblante se había modificado, como los sentimientos de su corazón. Sus facciones eran más acentuadas y duras, y en su frente, antes tan pura, notábase una sombra de vida disipada. No vió ó no quiso ver Clara estos cambios. Profesaba al Duque inalterable cariño, y esperaba confiada en la palabra del caballero. Las cartas de Gastón, frecuentes al principio, fueron poco á poco disminuyendo, aunque siempre contenían apasionadas protestas y profundo sentimiento por las dilaciones puestas á su dicha; pero no hablaba de volver, y hacía ya dos años de su partida.

A petición de su hija, tuvo la señora Beaulieu cerrados sus salones en estos dos inviernos. La prometida esposa quería vivir en el retiro para evitar las solicitudes de los pretendientes, que no se desanimaban.

Octavio seguía su carrera de abogado, y á la Marquesa preocupaban cada vez más los papelotes de su interminable pleito.

Al llegar la primavera, y por uno de esos caprichos que le eran habituales, deseó

Clara visitar la finca de Beaulieu, levantando el interdicto puesto por su padre. Incapaz la Marquesa de resistir á la voluntad de su hija, y juzgando útil distraerla, consintió en este viaje.

Por tal causa, el joven Marqués, que acababa de licenciarse, se encontró una hermosa mañana de octubre, con la escopeta al hombro y acompañado de su perro, en los bosques del Sr. Derblay.

II.

A la hora en que el Marqués volvía con la pesada carga al palacio, la señora de Beaulieu y Clara, sentadas en el salón grande, disfrutaban del final de este hermoso día. Por los anchos balcones penetraban los rayos del sol, haciendo brillar el oro bruñido de los marcos que contenían los retratos sonrientes ó graves de los antepasados, vestidos de uniforme ó de etiqueta. El mueblaje de estilo Luis XVI, de madera tallada y pintada de blanco con filetes verde mar, estaba tapizado de seda bordada representando las metamorfosis de Ovidio. Un ancho y bajo biombo forrado de terciopelo de Génova rodeaba la espaciosa poltrona, en la que sentada la Marquesa, hacía con grande atención